

12 Caña  
-año 1011-





El hacha de los dioses no pudo detener las nubes. La niebla era espesa, el bosque se dibujaba como una sombra amenazante: los árboles parecían nahuales y la hierba estaba tiesa por la helada. Ya estaban cerca, pero nadie debía verlos. Avanzaban protegidos por el vaho de la serpiente, por los conjuros que le apretaron el cogote a los animales. La pálida luz del amanecer dejaba adivinar la presencia del guerrero que encabezaba la marcha: Sol de Lluvia. Su cuerpo y su rostro estaban pintados de rojo, las dos líneas negras que nacían en su frente, atravesaban sus párpados y terminaban en la mandíbula eran lo único que interrumpía el color de la sangre. Apenas cubierto con una piel de jaguar, caminaba con la mirada clavada en la neblina. Su único ojo lo veía todo: lo que se muestra y lo que se esconde, lo que está en la Tierra y lo que ocurre más allá de este mundo. A cada paso apretaba su arma, necesitaba sentirla, sopesarla, saber que estaba ahí. Los filos de obsidiana incrustados en la dura madera no reflejaban la luz, eran espejos negros, el anuncio de la muerte que estaba a punto de desatarse.

Un crujido lo obligó a detenerse. El sonido de una rama al quebrarse bastaba para delatarlos. Alguien podía escucharlos y correr hacia la ciudad para revelar su presencia. El silencio tenía que ser absoluto, implacable. La mudez era su única aliada. Volteó. Su pupila comenzó a adivinarlos entre la bruma. Jaguar Sangriento, su hijo, lo seguía a unos cuantos pasos; su cara estaba pintada de negro, tras su escudo se asomaban dos lanzas cortas, en la mano derecha tenía dispuesta su arma, un tosco mecate que apenas se delineaba en su muñeca le impediría perderla en el combate. Poco a poco, detrás de él, comenzaron a perfilarse las sombras de las lanzas, las delgadas cuerdas de las hondas, los círculos de los escudos cuyos adornos eran imposibles de descifrar. Estaban cerca, muy cerca. Ninguno de sus hombres podía retrasarse, ninguno podía equivocarse. Sol de Lluvia levantó la mano, todos se detuvieron, casi podía sentir la piel de sus hombres y su helado sudor que anunciaba el combate.

—¿Nos esperan? —murmuró Jaguar Sangriento al llegar a su lado.

—Sólo los dioses lo saben —le respondió Sol de Lluvia. Su voz era dura, seca, absolutamente contenida.

En ese momento las palabras no tenían sentido, el futuro estaba en manos de los señores del universo, ellos eran los únicos que podían decidir el resultado de la batalla. Los guerreros debían seguir adelante. El reino de Tilantongo no podía darse el lujo de la cobardía y la vergüenza, una rebelión sin derrota bastaría para que todos se volvieran contra ellos, el odio que se había acumulado a lo largo de los años del reinado de Sol de

Lluvia sólo necesitaba una chispa para encenderse como fuego feroz.

Avanzaron lentamente. Los campesinos, armados con hondas y palos con la punta endurecida por la lumbre, trataban de contener el miedo: para ellos era mejor morir en el combate que huir y ser atrapados por sus amos. Lo que podía sucederles era mucho peor que el rápido aniquilamiento en la batalla, más doloroso que las heridas destrozando sus cuerpos: alguno lo había intentado pero no pudo llegar muy lejos, los soldados de Sol de Lluvia lo capturaron antes de que llegara la noche. Cuando volvieron a Tilantongo, el desertor fue encerrado en una choza desvencijada con las ventanas amordazadas con viejas telas. Sus días terminaron cuando se ahogó con el humo de los hatos de chile que encendieron en la puerta. Los gritos de aquel hombre aún resonaban incluso en los oídos de quienes nunca los escucharon. Su recuerdo, convertido en palabras que apenas podían murmurarse, bastaba y sobraba para mantenerlos en la línea. El miedo a la muerte y las heridas eran mucho menores que el pánico a la furia de Sol de Lluvia. En cambio, los guerreros estaban preparados para el duelo mortal; su destino no era la vida, era una búsqueda desesperada de la muerte que los llevaría al lado de los dioses y mantendría la supremacía de Tilantongo, la ciudad que sólo reconocía como límite de su territorio el inmenso señorío de Ocho Muerte y las fronteras que resguardaban los guerreros que se sumaron al rey de Bul-to de Xipe, el eterno enemigo que nunca había guardado sus armas.

La pequeña ciudad de Tlapa comenzó a mostrarse entre la bruma. Las pocas chozas en las laderas parecían abandonadas. En las terrazas, las cosechas habían sido levantadas antes de que estuvieran completamente maduras. En ninguno de los hogares de las lomas cercanas se adivinaba el humo de la vida. Todo estaba en silencio, ni siquiera los xoloescuintles ladraban para delatarlos. Sol de Lluvia supo que el ataque sorpresa estaba perdido: los perros tenían el hocico amarrado y la ceniza de los fogones seguramente estaba blanca, vieja, humedecida por el rocío. Ningún tizón desafiaba su frialdad. No se veía ni una sola mazorca, los comales estaban rotos, tampoco se miraban los metates y las ollas. Los habitantes habían abandonado sus casas para refugiarse en el centro de la ciudad, ni siquiera habían logrado terminar sus defensas: el foso con el que cortarían el camino estaba a medias, las tímidas palizadas apenas alcanzaban a cubrir la entrada que se asomaba entre los despeñaderos.

“Nos esperan”, pensó Sol de Lluvia. En sus palabras no había sorpresa: aquellos se habían negado a pagar el tributo a Tilantongo y sabían que el castigo sería brutal.

Dos de sus hombres comenzaron a chocar sus pederuales. Las chispas se apoderaron de las delgadísimas varas resinosas y la lumbre surgió con fuerza después de que Sol de Lluvia le sopló con cuidado. Él era el amo del fuego, el señor del rayo, el descendiente de la serpiente que surca los cielos desde el principio del tiempo. Las antorchas de ocote y trapo se encendieron para alimentar la furia y alumbrar a sus hombres: ahí estaban los penachos, los escudos, las lanzas, las hachas y los mazos; ahí estaban

las caras tatuadas con la pintura ritual que aumentaba su fiereza y los convertía en seres hambrientos de sangre. Ahí también estaban los sin nombre, los hombres del pueblo que tenían el miedo marcado en cada uno de sus músculos.

Los de Tilantongo no podían ser derrotados.

Sol de Lluvia avanzó hacia un claro. Con calma, su ojo recorrió las chozas abandonadas, el foso sin terminar, los delgados troncos que trataban de convertirse en muralla. El ataque sería terrible: él y sus hombres forzosamente tendrían que caminar hacia las lanzas y las piedras de sus enemigos.

El silencio era espeso. Entonces, Sol de Lluvia levantó su arma y gritó para invocar al Dios Muerte.

Los guerreros corrieron hacia el centro de la ciudad, tras ellos iban los honderos y los hombres con las antorchas: la vieja paja de los techos empezó a arder para desafiar a la niebla. Cuando la lumbre se adueñó de las chozas abandonadas, estallaron los gritos de los defensores y se oyó el zumbido de sus lanzas y sus flechas. Las puntas afiladas hirieron y mataron a los primeros en la línea. Uno fue atravesado en el vientre y su cuerpo se dobló después de vomitar la vida, otro cayó cuando una flecha le desgarró el muslo, y uno más se transformó en una flor ensangrentada en el preciso instante en que una piedra le reventó la cara. Los defensores estaban dispuestos a todo, pero los hombres de Sol de Lluvia no podían detenerse, la retirada era imposible. Opusieron sus escudos a las lanzas que los traspasaban con un crujido que apenas lograba ahuyentar a la muerte.

—¡Honderos! —gritó Jaguar Sangriento.

El eco de su voz no alcanzó a apagarse cuando el cielo fue rasgado por las piedras que cayeron sobre los defensores de la ciudad, quienes tuvieron que esconderse tras los troncos y las rocas. Era el momento del avance final para los guerreros de Sol de Lluvia, del ataque que abriría las puertas del poblado rebelde.

Los soldados corrieron, saltaron el foso, chocaron contra la palizada. A golpes de hacha rompieron los delgados troncos y entraron a la ciudad. Aullaban como nahuales, rugían como bestias iracundas. Al frente, Sol de Lluvia y Jaguar Sangriento corrían con sus escudos empuñados, veían a sus adversarios con la certeza de la muerte, con el ansia de sangre clavada en las pupilas. Sus armas se estrellaron contra los cuerpos de los enemigos: los que tenían el torso desnudo cayeron destrozados al primer golpe, los que tenían corazas de algodón se resistieron antes de que la huesuda apagara sus ojos. Las obsidias de sus armas se lascaron, algunos de sus filos se quedaron atrapados en la carne y los huesos de sus oponentes. Pero eso no importaba. Ellos tenían que seguir avanzando: la deuda y la rebeldía tenían que pagarse con la muerte. El cuerpo rojo del soberano de Tilantongo comenzaba a oscurecerse por la sangre de los rivales. Los de Tilantongo avanzaban: los años de guerra y batalla los habían curtido. Sus movimientos eran precisos, habían sido practicados en los infinitos rituales donde la calaca les rozaba la nuca a los guerreros.

Jaguar Sangriento quedó frente a uno de los nobles de la ciudad. Sabía que estaba en desventaja: los filos de

su arma estaban destrozados. No podía perder tiempo en tomar una de sus lanzas. Sin embargo, su oponente, en un instante de flaqueza, dio unos cuantos pasos atrás y en ese momento Jaguar Sangriento se lanzó contra él; lo derribó por el impacto. Con un solo golpe en la cien terminó con su vida. El arma quedó atrapada en el cráneo. No intentó recuperarla, un segundo sería suficiente para que le arrebataran la vida.

Se levantó, tomó su escudo y una de sus lanzas, la otra quedó olvidada en el lodo, y en ese momento lo vio: frente a él estaba el señor de la ciudad. Su hacha, manchada de sangre zumbaba antes de estrellarse en el cuerpo de sus atacantes. Jaguar Sangriento corrió, en el camino se interpusieron algunos combatientes que fueron atravesados. Siguió adelante. Su mirada sólo distinguía el rojo de la venganza, el negro de la imperiosa necesidad de doblegarlo para que todos supieran que nadie podía desafiarlos. Siguió corriendo. Llegó frente a él. El soberano trató de levantar su arma, pero Jaguar Sangriento lo golpeó con su escudo en la cara. El hombre cayó. El rugido del combate cedió ante el ruido seco y la sangre que brotó de la carne rajada. El señor de la ciudad estaba vencido; cuando estiró la mano para tratar de recuperar su arma, Jaguar Sangriento pisó el mango del hacha y alzó su lanza, pero antes de que lo pudiera embestir el soberano pidió clemencia.

—No me mates... no me mates —suplicó.

Jaguar Sangriento lo levantó del cabello y le puso la punta de su lanza en el cuello. Con fuerza lo obligó a voltear hacia el combate. Lentamente, la imagen de la derrota se fue metiendo en los ojos de los enemigos de Tilantongo

y las armas cayeron de sus manos. Muchos comenzaron a arrodillarse ante los guerreros de Sol de Lluvia. La captura de su señor los obligaba a rendirse. Sin él, la resistencia no tenía sentido.

El silencio se apoderó de la ciudad. Sólo lo interrumpían los gritos de dolor de los que estaban a punto de morir y el crepitar de las llamas.

La batalla había terminado.

Sol de Lluvia avanzó hacia el lugar donde estaba el prisionero, sin mirar a nadie clavó su arma en el suelo y tomó su cuchillo. Las incontables muescas del pedernal contaban la historia de su reinado: la sangre de los enemigos que fueron entregados a los dioses había quedado impregnada. Con la fuerza que nace de la victoria llegó frente al cautivo. Uno de sus guerreros se acercó para recibir su escudo.

—Eres grande, hijo, eres grande —le murmuró a Jaguar Sangriento antes de clavar su mirada en el soberano de Tlapa.

Durante un instante sus ojos se encontraron, el vencido logró adivinar las líneas negras, deslavadas por el sudor, que cruzaban el rostro de Sol de Lluvia. No pudo sostenerle la mirada: la negrura de la cuenca vacía era terrible y su único ojo manaba veneno. Sol de Lluvia, a pesar de su turbio pasado, también descendía de los dioses, de los hombres cuyos cuerpos fueron labrados por el viento en los árboles más poderosos, él era uno de los pocos descendientes de la serpiente todopoderosa.

—Que vengan los tuyos —le ordenó sin que sus palabras se convirtieran en un grito.

Sol de Lluvia no tenía que rugir, su voz no necesitaba ser fuerte. Su murmullo era más recio que la tormenta y el huracán, más poderoso que los dioses inclementes y las bestias más terribles. Él era el señor de Tilantongo, el invencible, el único amo de las tierras y los hombres, el gran sacerdote del templo negro que ensombrecía las ciudades y los pueblos, el hombre de las mil almas capaces de matar.

No tardaron mucho en llegar. Al frente estaban los hijos del prisionero, tras ellos se encontraban las mujeres con los cabellos cubriéndoles el rostro, y la espalda encorvada por el peso de la derrota. Querían gritar, suplicar, pero tenían la garganta amordazada. Ninguna había tenido a la muerte de cerca, ninguna había sentido el olor de la podredumbre que salía de la boca de los dioses descarnados.

Sol de Lluvia los observó con detenimiento. Tenía que elegir y no podía equivocarse.

—Tú, dime tu nombre —dijo mientras señalaba al que parecía más grande.

—Serpiente de la Noche —respondió el joven con los ojos derrotados.

El señor de Tilantongo apenas movió la cabeza. Nadie pudo adivinar sus pensamientos: Sol de Lluvia era impasible, hierático, pasara lo que pasara su rostro siempre era el mismo.

—Los dioses nos esperan, vamos, hagamos lo que tenemos que hacer —ordenó Sol de Lluvia sin responderle al joven.

Con calma avanzó hacia el templo de la ciudad. Tras él caminaban el soberano derrotado y Jaguar Sangriento, los seguían algunos de sus guerreros más fieros; al final,

sólo al final, marchaban los familiares del cautivo custodiados por unos cuantos soldados.

Todos sabían lo que iba a ocurrir, ninguno podía resistirse a su destino. Era mejor seguir así, como piedras incapaces de desafiar a su destino. Ellos conocían los libros de piel de venado donde los vencidos aparecían retorcidos, muertos, inexorablemente sacrificados a los dioses que protegían a Tilantongo.

Cuando llegaron al templo, subieron los pocos escalones, Sol de Lluvia sintió el calor y la luz que derrotaba a la noche; sin observar a nadie, tocó el altar, sus dedos sintieron la piedra áspera cubierta con la sangre de algunos sacrificados: “sus muertes no tuvieron sentido, los dioses les dieron la espalda para bendecir a Tilantongo”, pensó sin remordimientos.

El soberano derrotado trató de zafarse, quería huir, necesitaba salvarse, pero Jaguar Sangriento lo detuvo con fuerza. Las recias manos del joven bastaron para que se diera cuenta de que suplicar no tenía sentido. Su destino estaba escrito, la línea de su vida estaba a punto de terminarse: así lo mandaban los amos del universo que lo condenaron y cancelaron su posibilidad de apelar. Ante él se abría el camino de la resignación, la ruta que conducía a la negrura absoluta.

—Es mejor que mueras como lo que fuiste... no avergüences a los tuyos —le dijo Sol de Lluvia adivinando sus miedos y sus deseos.

El vencido bajó la mirada, caminó hacia el altar con la poca dignidad que encontró en sus once almas, valía

más que así lo hiciera: entregar su vida era preferible a que sus mujeres y sus hijos sufrieran las peores consecuencias de la derrota. Cuando menos algo quedaría de él: su sacrificio quizá se transformaría en un susurro que podría encenderse para exigir venganza. Casi con nobleza se acostó sobre la piedra, trató de cerrar los ojos para decir una última plegaria, pero las palabras se negaron a sonar en su cabeza. El silencio más negro era el único dueño de sus pensamientos. La sombra del templo de Tilantongo se había apoderado de su espíritu.

Cuatro guerreros lo sujetaron de pies y manos. Uno más le sostuvo la cabeza. Sol de Lluvia le arrancó las pieles de jaguar que cubrían su pecho para rajar la coraza de algodón. El torso lampiño quedó expuesto; el movimiento de su respiración era acompasado. Él no merecía los hongos ni las hierbas que adormecían a los sacrificados antes de que entregaran su vida. La piedad era imposible, su muerte era una enseñanza, una muestra del poder que arrugaría la valentía de los enemigos de Sol de Lluvia.

Durante un instante, Sol de Lluvia cerró los ojos para invocar las palabras que nadie sabe y sólo los dioses revelan. Empuñó su cuchillo con ambas manos mientras el murmullo de la plegaria se repetía incesante, sombrío, absolutamente tétrico, lo levantó sobre su cabeza y con un golpe certero lo enterró en la carne del soberano derrotado. En silencio desgarró su piel y sus músculos. El cuerpo del vencido se retorció, pero ningún quejido salió de su boca. Metió las manos en las entrañas y le arrancó el corazón. El sol estaba en el ombligo del cielo.

Mientras el corazón del derrotado ardía en un brasero para alimentar a los dioses, Sol de Lluvia se adentró en el templo, las paredes pintadas con sangre se negaban a reflejar la luz de la lumbre que nunca debía apagarse, él caminó hasta el fondo sin detenerse a mirar a los dioses, tomó el envoltorio sagrado que daba poder a los señores de la ciudad, lo levantó con cuidado, no quería que los recuerdos se le metieran en la cabeza, tenía que evitarlos a toda costa, debía impedir que el pasado se hiciera presente, cerró su ojo y salió con la frente en alto.

Nadie observó su instante de flaqueza. Con lentitud se acercó a los familiares del sacrificado.

—Tú gobernarás —le dijo a Serpiente de la Noche mientras le ofrecía el envoltorio sagrado.

El joven asintió con un movimiento, no quería levantar la vista para encontrarse con el cuerpo de su padre, con el rostro reventado por el golpe del escudo de Jaguar Sangriento, con las tripas que serían entregadas a los carroñeros; tampoco quería observar el rostro de Sol de Lluvia teñido con la sangre de su padre.

—¿Me escuchas? —preguntó el victorioso con voz firme.

—Sí —murmuró el joven mientras se acercaba para tomar el envoltorio.

—¿Pagarás?

—Sí —le respondió Serpiente de la Noche.

Entonces, sólo entonces, Sol de Lluvia le entregó el símbolo de poder de la ciudad.

—Bien, estamos de acuerdo... ¿quién es ella? —preguntó Sol de Lluvia.

—Ojos de Obsidiana, mi hermana.

—Ya no lo es. Ahora es la mujer de mi hijo.

Jaguar Sangriento asintió. No podía negarse. No importaba si la conocía, tampoco su belleza tenía valor: ellos eran de la misma simiente y la sangre de los dioses corría por sus venas. Serpiente de la Noche tampoco podía rebatir sus órdenes. Ésa era la única manera de lograr la paz con el señor de Tilantongo: en unos meses, cuando naciera su sobrino, el destino de las dos ciudades quedaría unido para siempre.

Sol de Lluvia miró la plaza de la ciudad: el suelo estaba tinto, el aire olía a sangre y humo, los cuerpos de los caídos estaban dislocados. La muerte no tuvo clemencia: los hizo sufrir antes de robarles el último aliento. Los heridos comenzaban a ser atendidos por las mujeres y los sobrevivientes no podían contener el llanto ni los aullidos que nacen de las almas desgarradas. Algunos lesionados, apoyándose en los hombros de sus salvadores, empezaban a levantarse para tratar de dar los pasos que tal vez los alejarían de las garras huesudas. Alrededor de ellos, los guerreros de Tilantongo permanecían soberbios, victoriosos, absolutamente seguros de que su soberano nunca sería derrotado.

El señor de Tilantongo observaba la escena, no era la primera vez que había guerreado y vencido. Sin embargo, cuando estaba a punto de bajar del templo, su mirada se detuvo en el escudo de uno de los enemigos caídos: tenía el símbolo de Dos Lluvia. No podía dejar de verlo a pesar de que el signo apenas se adivinaba en la superficie

destrozada. El cuerpo del hombre que lo portaba estaba tirado, su cara se hundía en el lodo colorado por la sangre. Estaba muerto, pero los recuerdos volvieron sin que pudiera detenerlos.

Sol de Lluvia sabía que su ascenso al trono de Tilantongo estaba manchado por la traición, la muerte, y una funesta casualidad que transformaron la Mixteca. Antes de que ocupara el trono, los viejos señores de Tilantongo sólo habían tenido un hijo: Dos Lluvia, el niño que nació marcado por la desgracia y la derrota. Los dioses quizá lo detestaban, o tal vez tenían otros planes para el reino, pero eso, nadie lo sabe: los amos de todas las cosas hablan cuando les apetece y sus palabras siempre están veladas, no conversan, crean mundos, fijan destinos, tienen caprichos que trastocan la vida de los hombres. Lo único cierto es que el día en que Dos Lluvia fue parido, los guerreros de Tilantongo fueron vencidos a la orilla del río que tiene el color del jade. Sus padres, por la tristeza que terminó envenenándoles el alma, murieron al poco tiempo, estaban marchitos: eran cadáveres que añoraban la tumba, sus manos tiesas ya sólo podían arrugar sus mantas. Su ciudad arrodillada no tardaría en ser presa de sus vecinos, el reino estaba en peligro. Los cuatro grandes sacerdotes tomaron la única decisión posible: Sol de Lluvia fue llamado a gobernar mientras el niño crecía lo necesario para asumir el mando. Únicamente él, un soldado que descendía de los dioses y los primeros hombres, sólo un nahual podía salvar a Tilantongo. Sol de Lluvia aceptó. Ésa era la única posibilidad que tenía para alcanzar sus deseos encajados en

el cuerpo: jamás podría aspirar al trono de su padre en Río de Huéhuatl. No fue el primogénito y quedó condenado a ser el guerrero que siempre vería desde lejos los símbolos del poder: sus manos nunca tocarían el envoltorio sagrado y sus palabras siempre estarían obligadas al susurro y la obediencia. Nada de lo que dijera se convertiría en realidad. Sus armas únicamente podrían ocultar su gloria. Él era un sol apagado, una llamada contenida, una luz que nunca se convertiría en relámpago.

Durante años, su mirada se llenó de ponzoña y su corazón quedó manchado con la amarga tinta de la envidia. “Yo lo merezco, yo lo merezco”, murmuraba cada vez que su padre ascendía al templo para tomar el envoltorio sagrado. “Eres un perro, eres menos que un perro”, susurraba cada vez que veía a su hermano mayor junto al altar. Tal vez no le faltaba razón: él era un gran guerrero, un chamán que podía hablar con los dioses, un hombre cuya palabra era respetada por sus aliados y sus enemigos, un nahual que podía enfrentar a sus contrincantes y cobijar a los suyos; pero también era nadie, un hermano nacido a destiempo que nunca podría llegar al lugar al que deseaba. Por eso, cuando los cuatro sacerdotes de Tilantongo lo llamaron, Sol de Lluvia aceptó sin pensarlo dos veces.

Bajo su mando, los soldados de Tilantongo se volvieron invencibles. El reino creció, los tributos llegaron como río desbocado. Los dioses le sonreían, y él descubrió el alcance de sus poderes: podía transformarse en viento furioso, en tormenta, en un jaguar que cruzaba la noche para atacar a sus enemigos. Sus anhelos casi eran reales, sus sueños casi estaban a punto de cumplirse; sin embargo,

Dos Lluvia seguía creciendo. Sus días al frente del reino de Tilantongo se hacían más cortos cada vez que el sol era devorado en el horizonte. Algo debía hacer.

Hasta que una mañana los ojos de Dos Lluvia no se abrieron. “Lo envenenó”, murmuraron algunos nobles; “lo embrujó hasta la muerte”, dijeron los sacerdotes que lo odiaban; “le arrancó la vida con la mirada”, susurraron los que tenían miedo de su ojo y sabían de sus poderes. A pesar de los deseos de muchos, Sol de Lluvia no murió cuando una flecha se le encajó en la cara durante una batalla. El soberano escapó del más allá con un ojo menos y el alma más negra.

Nadie supo la causa de la muerte de Dos Lluvia. Quizá los dioses se lo llevaron o tal vez le estorbaba al guerrero, pero la lealtad de los soldados y algunos sacerdotes bastaba y sobraba para que Sol de Lluvia permaneciera en el trono. El suyo no era un destino torcido. El día que Sol de Lluvia ascendió al templo de Tilantongo para fundar una dinastía y recibir el envoltorio sagrado, sólo lo acompañaron los que le eran fieles y los que le tenían el suficiente miedo para bajar la vista y jurar obediencia. Los que no fueron no llegaron muy lejos: poco a poco fueron cayendo en las campañas contra los enemigos, desaparecieron sin que nadie se atreviera a preguntar por su destino. A todos les bastaba saber que la muerte se los había llevado. Sol de Lluvia era la encarnación de la venganza. Sus enemigos, reales o imaginarios, estaban condenados: una palabra o un sueño bastaban para cancelar su futuro y que las fauces del jaguar se encajaran en su cuerpo durante la noche más lóbrega.

Él terminó por ser aceptado: los nobles sabían que sus armas eran invencibles, los comerciantes estaban seguros de que sus caravanas nunca serían atacadas, todos se beneficiaban con los tributos de los vencidos. El viejo Tilantongo fue olvidado junto con la imagen de Dos Lluvia y de los nombres de los antiguos soberanos. Sobre cada uno de los templos se levantaron otros: más grandes, más fuertes. Sólo así se podía agradecer a los dioses. Los amos de todo lo que existe dejaron de sentir el dolor en sus tripas, sabían que el humo sagrado siempre llegaría al cielo en el momento preciso.

A pesar de todos sus poderes, Sol de Lluvia era atormentado por sus sueños. A veces, en las noches sin luna, el rostro de Dos Lluvia se aparecía con las cuencas vacías: él había dejado este mundo para que Sol de Lluvia —a fuerza de cuchillo y brujería— se adueñara del trono.

Antes de que cayera la noche llegó el mensajero. Sol de Lluvia y Jaguar Sangriento no se percataron de su entrada a la ciudad vencida: la cuidadosa revisión de los tributos y el cobro de la derrota reclamaban su atención. Así habrían seguido de no ser porque uno de sus guerreros les hizo notar su presencia.

Con una seña, Sol de Lluvia le ordenó que se acercara. El hombre, sudoroso por el esfuerzo, se aproximó con la cabeza baja: alguien de su clase no podía mirar el rostro del soberano. Cuando estuvo a su lado, con una voz apenas audible pronunció el mensaje que enviaban los sacerdotes de Tilantongo.

El amo de tierras y hombres asintió, y Jaguar Sangriento entendió lo que pasaba.

—¿En qué momento nació? —preguntó Sol de Lluvia.

—Cuando el sol estaba a mitad del cielo.

El soberano de Tilantongo guardó silencio: su nuevo hijo quizás había sido bendecido con la sangre de la victoria y eso sería peligroso. Ni siquiera el niño recién parido podía ser más fuerte que él.

Sin detenerse en el mensajero, Sol de Lluvia volvió sobre sus pasos.

—Tienes un hermano —le dijo a Jaguar Sangriento.